

nos á prestar su decidido concurso á la causa americana, organizaron un ejército para pelear, desde las escarpadas cumbres de los Andes, en contra de las tropas españolas. De ese ejército formó parte el regimiento n.º 9, fuerte de dos batallones de 600 plazas, compuestos de orientales al mando del coronel D. Manuel Vicente Pagola, cuyos servicios en aquel territorio fueron tan eficaces, que de ellos hace especial mención D. José Rondeau, General en jefe del ejército del Perú, patentizando, en un documento oficial, la presencia de ánimo demostrada por Pagola en la desastrosa batalla de Sipe-Sipe, la rígida subordinación en que mantenía el cuerpo de su mando y el arrojo temerario de los soldados uruguayos.

El episodio siguiente, que registran todos los historiadores, corrobora las apreciaciones preinsertas.

El hecho de armas que hemos citado tocaba á su término: los españoles habían triunfado en Sipe-Sipe y Rondeau trataba únicamente de efectuar una retirada que, sobre costarle el menor número posible de vidas, fuese á la vez honrosa para las armas americanas; pero necesitaba un militar de su escuela y de sus bríos que hiciese frente á una ala del ejército enemigo, la cual envolvía gran parte de las huestes libertadoras, mientras que éstas se retiraban con armas y bagajes, ya que no con la gloriosa victoria, y ese militar fué el coronel Pagola, quien, una vez recibida la orden de sostener la retirada, detuvo su caballo y, encarándose con los suyos, les gritó:

—¡Alto... media vuelta... fuego!

Y mientras que los soldados orientales disparaban sus armas contra el enemigo, y recibían á balazos la impetuosa carga á la bayoneta de los españoles, y los gritos de guerra llenaban el espacio, y densas columnas de humo se formaban en la atmósfera, el ejército de los Andes se ponía en salvo, gracias á la intrepidez del coronel Pagola, á quien se debe que los vencedores detuviesen su persecución ante tan heroico comportamiento, y que los vencidos no quedasen todos sin vida sobre el campo de batalla.

ORESTES ARAÚJO.

¡Adelante!

Jovenes soldados del Ideal: adelante!

Cerrando el primer tomo de la REVISTA NACIONAL, habéis consolidado los cimientos de un hermoso edificio. Construido con abnegación, con fe, con constancia. *Abnegación*, porque la carrera periodística está llena de contrariedades; fe en los grandes ideales de patria, progreso y libertad; *constancia*, porque ella es la palanca que facilita el triunfo de las nobles ideas. La falta de abnegación engendra el egoísmo, matador de todo entusiasmo; la carencia de fe empuja los horizontes radiantes del porvenir; la ausencia de constancia desarma desde su primera etapa al campeón del Ideal y le

hace abandonar su puesto honroso de combate.

Tened, pues, jóvenes Redactores de la REVISTA NACIONAL, abnegación, fe y constancia. Vuestro periódico llenará con entereza, altura y provecho la noble misión que os habéis impuesto.

Y vuestra Patria bendecirá vuestra obra.

LUIS DANIEL DESTEFFANIS.

Á la Redacción de la REVISTA NACIONAL

¿Por qué padirme un pensamiento? ¿Hará peras en los olmos acaso este año?

Lo único que puedo ofrecerles es la sincera expresión de una cordial y patriótica esperanza: la de verles mejores y más prudentes, más dichosos y más virtuosos que lo que fuimos nosotros.

La REVISTA NACIONAL es un buen principio de acción cívica. Al estudiar en ella el pasado, ustedes encontrarán en la historia de nuestros infortunios y errores muy provechosas lecciones que han de ayudarles en el cumplimiento de los grandes deberes que les esperan.

No exageren, sin embargo, la severidad en sus juicios. Los hombres fueron siempre más ignorantes que perversos.

J. G. BORON-DUBARD.

¿Por qué?

Sin contar con tu interacción de su autora y merced á la influencia de un amigo, publicamos la siguiente hermosa composición escrita al estro de una de las más inteligentes poetisas nacionales.

Ha llegado el crepúsculo,
Se oscurecen las sombras.
Los ruidos, que se duermen, me parecen
Un arrullo lejano de palomas....

Vaguisimo, en el aire
Un perfume se siente.
Algo como un olor de flores muertas,
Algo que me enristrece.

Silencio! se ha escuchado
Como un grito de ave:
Es que la luz va á disipar las sombras,
Es que la aurora nace!...

La mañana es espléndida,
En colores y en luz todo florece....
Y ahora, me pregunto,
¿Por qué no estoy alegre?

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

PRETÉRITAS

Si todos los encantos que atesoras
En un solo prestigio se sumaran,
Y á las gracias humanas, como al genio,
La admiración estatuas levantara,

—Miserio premio

Para tus gracias!—

El peñal más alto de la tierra
Te cubrió de gloria y contentara...

No aurodo que anual verme en tus pupilas,
Como llama te amara, brilla una llama....
Fuego feroz que exhaló el amor muerto
Que llevas en tu alma!...

Te casaste por fin, y torpemente
Jureste que las rescatado.
Al prelo humilde de tu honor presente,
Todas las ignominias del pasado!...

¿Quién sospecha la bóveda sombría
Al través de la atmósfera azulada?...
¿Quién al través de tus pupilas limpiadas
Penetra los abismos de tu alma?...

GUILLENMO P. RODRÍGUEZ.

EN UN ÁLBUM

Á Carmen Muñoz Romarate.

Era una noche que olvidaría cenital...
El adorable grupo de mujeres
que insultan al amor y á los placeres,
dada más tenue á la brillante fiesta.

Pero entre aquella atmósfera, poblada
de luces, de perfumes y alegrías,
cuando se piensa en la mujer soñada
y en la promesa de mejores días,

algo faltaba. El armonioso trino
de humanoruiseñor de las praderas,
del arte magistral, arte divino,
aquel de las eternas primaveras.

de pronto se escuchó. Todo el tesoro
de tu voz derrochaste sin cuidado,
y tanto logra una garganta de oro,
que el auditorio se quedó extasiado!

RICARDO SÁNCHEZ.

SORPRESA DE AMOR

Ninguna mujer se atreve,
sin motivo, á negarse
al amor. Nada más natural
que ceder.

BALZAC.

Era en pleno verano. El sol en el cenit descargaba implacable la lluvia ardiente de sus rayos de oro, y la tierra abierta en estrechas y profundas grietas bajo la alfombra agostada de los pastos maduros, se defendía de aquel fuego invasor irradiándolo á su vez sobre la atmósfera. Los campos yacían en silencio por aquella hora de la siesta, y hasta la brisa, temerosa de inflamarse, se había refugiado toda, allá en el hemisferio de las sombras.

La naturaleza estaba quieta por plétora de vida, no quería manifestarse por miedo de estallar si abría la válvula de su tumultuaria eferescencia, y sólo la cigarra dejaba oír su canto estridente que parecía un him-